



Juan José Sebreli

El malestar de la política

Sudamericana

INTRODUCCIÓN

La palabra, herramienta imprescindible para pensar y comunicar ideas y conceptos, adquiere relevancia cuando se hace política, sobre todo democrática, ya que ésta se vale de la discusión y el diálogo para resolver los conflictos y evitar la violencia, aunque no siempre se logre por esa vía. La democracia griega y la república romana fueron sociedades signadas por la oratoria. El político en la antigua Grecia era antes que nada un orador y un experto en retórica. Una de las instituciones representativas de las democracias modernas se llama precisamente parlamento, denostado por los antiliberales porque consideran al debate pura charlatanería. Asimismo la libertad de palabra es reivindicada como uno de los derechos humanos y de su vigencia depende el Estado de derecho.

La necesidad de la palabra, y aun de símbolos, en la democracia no significa que siempre tengan una connotación positiva: también sirve a los demagogos, aunque en este caso el discurso —hoy se lo llama “relato”— es usado para deformar la realidad y ocultar la verdad. Si el demagogo tiene éxito, consigue que las masas adictas vivan en la alucinación de un mundo imaginario, fantástico, ajeno a los hechos reales. En esas particulares circunstancias muchas veces los intelectuales y los artistas, expertos en

la instrumentación del discurso y del símbolo, son requeridos por los políticos con la finalidad de utilizar su experiencia. La palabra es acompañada por las imágenes: tanto la religión como la política se valieron, desde los inicios, de las medallas, los retratos o las estatuas de los personajes carismáticos. La aparición de los medios audiovisuales convirtió a la política en espectáculo: Hitler o Perón difundieron multitudinariamente su mensaje a través de la radio y de los noticiosos cinematográficos; la televisión llegó hasta los espacios más herméticos, la nobleza inglesa se convirtió en ícono mediático con Lady Di y la Iglesia católica, con el papa Wojtyla.

Las palabras, decía Eric Hobsbawm¹, son testigos que, a menudo, hablan más fuerte que los documentos. El surgimiento de nuevos términos, la desaparición de otros o los renovados significados de voces antiguas, marcan el espíritu de un periodo histórico.

El lenguaje de la política suele ser impreciso y ambiguo, de ahí el riesgo de su transformación, por pereza mental o por motivos utilitarios, en etiquetas o fórmulas estereotipadas, en eslóganes publicitarios o simples estribillos que no dicen nada. Es habitual que el periodista, el profesor, el comunicador o formador de opinión, no menos que el hombre común, recurra a vocablos cuyo verdadero significado desconoce y, con frecuencia, los desvirtúe para persuadir a los interlocutores por su resonancia emotiva, o bien los inserte en las discusiones como metáforas, epítetos o meros insultos para descalificar al contrincante. Los políticos los usan porque,

interesados en vencer antes que en convencer, prefieren el golpe emocional al razonamiento. El término "fascista" es usado para denigrar posiciones o personajes sin preocuparse si corresponden y, a veces, para señalar la maldad o la fealdad de algo aunque no tenga relación con la política.

La otra cara del mal empleo del lenguaje proviene del grupo de los académicos, entre ellos los científicos políticos que utilizan la jerga hermética de los *papers* universitarios con abundancia de neologismos, hasta convertirlos a veces en idiolectos sólo comprensibles para sus discípulos o seguidores. El caso extremo es el de los postestructuralistas que reducen la política sólo a lenguaje dirigido con exclusividad a una elite de iniciados.

Los significados de las palabras se van transformando inevitablemente con el transcurso del tiempo y los cambios históricos; las más usuales como "democracia", "aristocracia", "dictadura" se remontan a la antigüedad clásica donde el sentido refería a un contexto social distinto al actual. Pero aun en la misma época una palabra adquiere desigual sentido en función del sujeto que la usa o las circunstancias a las que alude.

La neutralidad parecería ser ajena al vocabulario de la política porque ni su configuración como ciencia pretendió garantizar esa cualidad, por el contrario, aumentó la oscuridad de su discurso. Es cierto que la terminología técnica, apta para expertos, es un distintivo de las ciencias empíricas; a diferencia de éstas, que utilizan términos aceptados por la comunidad científica, en las ciencias

políticas, como en todas las ciencias sociales, cada teoría tiene sus propios códigos idiomáticos ajenos a quienes no las comparten. Según Thomas Kuhn diríamos que no son todavía "ciencias normalizadas".

Tampoco el lenguaje científico está exento de discrepancias, tal como lo muestran conflictos que no conciernen a la ciencia en sí misma, sino a las intromisiones indebidas de la política y de las religiones.

Por otra parte, las ciencias naturales atañen a expertos y nada más; en cambio la política es, a la vez, una preocupación de especialistas y de profanos. Los primeros deberían orientar y educar a los legos, pero no siempre cumplen su función con acierto y la responsabilidad no es sólo de ellos. Sucede a menudo que los políticos profesionales y los conductores de la opinión pública carecen del recurso del lenguaje desapasionado y técnico del científico, se sirven de la prosa del habla común y, además, están predispuestos a la demagogia y a la retórica vacía. A diferencia de una teoría científica, cualquier idea política, aun la más carente de credibilidad, es susceptible de atraer a un público dispuesto a admitirla porque habla de temas de interés general, y su éxito sobre otras mejor elaboradas reside en la simplicidad con que aborda problemas que son de ardua resolución: el maniqueísmo es más perceptible que el matiz. Aristóteles decía que la capacidad de dudar es rara y sólo se da en personas educadas. Todavía en las sociedades avanzadas, los hombres, aun los educados, están más predispuestos a la credulidad que a la duda.

El conflicto del lenguaje de la política es serio, pero el camino no puede ser el propuesto por el círculo de Viena y la filosofía analítica: éstos distorsionan el problema al reducir toda la cuestión al análisis del lenguaje, en la creencia de que el pensamiento surge de aquel, cuando en realidad sucede lo contrario: el pensamiento sobrepasa al lenguaje como lo prueba la exigencia de inventar nuevas palabras para señalar ideas o hechos inéditos. Esas escuelas no arrojan solución adecuada y sobreviven los inconvenientes, en particular frente a la necesidad de redefinir términos como populismo, fascismo, democracia y liberalismo referidos a fenómenos políticos, de por sí muy complejos, que admiten diversas explicaciones y cuyo significado ha fluctuado a lo largo del tiempo. Es preciso, en las teorías políticas, poner atención en el valor de las palabras pues éstas suelen traicionar el pensamiento y llevarlo a errores conceptuales que se trasladan a la praxis política.

El personaje literario Humpty Dumpty² decía: "Cuando uso una palabra significa sólo lo que yo decido que signifique, ni más ni menos". Su interlocutora —Alicia— adujo: "La cuestión es si puedes hacer que las palabras signifiquen tantas cosas distintas". Humpty Dumpty replicó sin titubear: "La cuestión es saber quién manda, eso es todo". Es significativo que Lewis Carroll fuera autor de relatos absurdos y a la vez incursionara en la lógica simbólica sobre la artificialidad del lenguaje. Los políticos y los comentaristas políticos recurren a la argucia de Humpty Dumpty sin decirlo, sólo algunos cínicos se

animan a admitirlo: cuando Hermann Goering otorgaba ciertos privilegios a un judío útil al régimen se justificaba: "Yo decido quién es o no es judío".

Un ejemplo paradójal en la tergiversación del significado de las palabras lo proveyeron los estalinistas y su empleo de la palabra "democracia". Reconocían a sus regímenes como "democracias avanzadas" o "democracias reales" enfrentadas a las democracias occidentales, calificándolas despectivamente de "burguesas" o "meramente formales". Llamaba repúblicas democráticas a los países sojuzgados por el Imperio soviético y concebían a su Constitución como "la más democrática del mundo". De este modo, el vocablo "democracia" ocultaba la tiranía, el terrorismo de Estado, la falta de libertad, en franca contradicción con el verdadero significado del término. Esa desfiguración era denunciada en 1984, la sátira de George Orwell; allí el imaginario régimen totalitario se regía por tres consignas: "La guerra es la paz, la libertad es la esclavitud, la ignorancia es la fuerza". Los adversarios de la democracia, según Giovanni Sartori, no han encontrado otro medio mejor de atacarla que hacerlo en su propio nombre³.

Los estalinistas no fueron los únicos en agregar un adjetivo al término democracia para desvirtuarlo. Los católicos integristas, los comunitaristas y los populistas hablan de "democracia orgánica" o "democracia popular" para enfrentar al sistema republicano y al liberalismo individualista de la modernidad ilustrada.

La ciencia o la filosofía política no pueden señalar con la precisión de las ciencias exactas las categorías que utilizan. El feudalismo, el capitalismo, la democracia no son definibles con la precisión de una figura geométrica. No obstante, para pensar los hechos concretos son necesarias ciertas abstracciones. Así Max Weber recurrió a los "tipos ideales", formalizaciones tan sólo aproximadas, nunca exactas, pero sin ellas la realidad se convertiría en un caos de sensaciones incomprensibles.

El lector advertirá que algunas de las teorías analizadas en esta obra provienen de antiguo; sin embargo, debatirlas, lejos de ser ocioso, revela la importancia que debe asignarse a la historia de las ideas como parte insoslayable del pensamiento político. La política, contra lo que piensan los estructuralistas, es un proceso histórico continuo y discontinuo, marcado por los puntos nodales de las grandes rupturas. El cambio sólo es perceptible si se lo compara con su precedente. No se entiende el presente sin conocimiento del pasado y éste se comprende mejor desde la perspectiva del presente; no se puede hacer política sin saber historia.

Las situaciones políticas que antecedieron al momento actual permiten ver el desarrollo, los retrocesos y los avances. No es posible construir una opinión política certera si se desconocen acontecimientos del siglo pasado como el fascismo, el estalinismo o la guerra civil española y aún más atrás, no se puede prescindir de la importancia de la Revolución inglesa o la francesa. Los hechos históricos están interconectados y cada momento ha sido

torizador de ideas, como lo prueban su obra *Economía y sociedad* o sus escritos sobre religión.

Weber y su amigo Georg Simmel fueron los precursores de las corrientes interdisciplinarias. Jürgen Habermas, al señalar que Simmel “filosofaba en clave de ciencia social”¹², estaba descubriendo el verdadero proyecto de la escuela de Frankfurt temprana.

No es casual que, en tanto el pensamiento anglosajón privilegió el culto a la especialización, hayan sido los alemanes los adelantados en la interdisciplinaria; sin proponérselo y sin explicitarlo, Hegel y Marx habían abierto ese camino.

Hegel¹³ ha enseñado que la historia de la filosofía es ella misma filosofía: en sus *Lecciones sobre la historia de la filosofía* describió no sólo los aspectos externos a las teorías o los acontecimientos de los cuales derivaban, sino que analizó su contenido atento a la manifestación histórica. De igual manera, la historia de las ideas políticas es la política misma en tanto ésta se desarrolla en la historia.

Lo interdisciplinario y las especializaciones no se contraponen, se complementan como lo universal y lo particular. Si lo interdisciplinario no se apoya en especialidades, sólo es una generalización vaga; si las especialidades no se relacionan unas con otras, resultan incompletas.

Si alguna de las disciplinas se vuelve hegemónica, el esfuerzo de la comprensión multidisciplinaria se transforma en un reduccionismo del factor único. La tentación de los especialistas es la interpretación monocausal o el “recurso a la última instancia”. La interdisciplinaria

privilegia, en cambio, la interrelación de diversos elementos evitando caer en cualquier determinismo, aunque su tentación es la generalización abusiva. La economía está en todo, pero no es todo, y de igual manera ocurre con la política o la cultura; ese matiz separa las interrelaciones del determinismo monocausal.

Las formas de esta interacción entre la política y las ciencias sociales dependerá asimismo del punto de vista desde donde se las encare: lo político subsumido en lo social o viceversa, ambos subordinados a lo económico —en los marxistas ortodoxos— o a lo psicológico —para las teorías psicoanalíticas. Sólo desde una perspectiva exterior a las ciencias sociales es posible comprender la intrincada trama entre las ciencias sociales y las políticas; ésa es la función de la filosofía.